

SOBRE MARTIRIOS Y BEATIFICACIONES

Centro Tiempo Latinoamericano

Estamos convencidos que la beatificación de los mártires riojanos ha sido una ocasión para poner, otra vez, en el centro de las preocupaciones pastorales y políticas la vida concreta de los más pobres de la sociedad. Por lo menos, para un sector de la iglesia católica, el reconocimiento a estos testigos significa la apuesta a que los pobres vuelvan a estar en el centro de la mesa, porque de ellos es el Reino de Dios, junto con los que trabajan por la justicia. Que estén en el centro de la mesa revela, por un lado, la denuncia de estructuras que reproducen desigualdades e injusticias; por otro, la fe en la construcción colectiva de tiempos y espacios para su dignificación, participación y empoderamiento. Como miembros del CENTRO TIEMPO LATINOAMERICANO queremos compartir algunas de nuestras reflexiones surgidas luego de las celebraciones en La Rioja y en Córdoba.

Sobre los mártires y el martirio

1. *Las efervescencias.* Celebramos las plurales reflexiones, escritos (libros, folletos, cartillas, etc.) y celebraciones realizadas en los últimos meses sobre el significado teológico-pastoral del martirio y la vida de los cuatro mártires de la iglesia riojana. Ello significa un avance inestimable en la toma de conciencia de una larga historia de memorias incansablemente reconstruidas, investigadas, documentadas y defendidas. Sólo el *tiempo* y las *consecuencias prácticas* de esas reflexiones y escritos

podrán decirnos si sirvieron para construir y reconstruir, *aquí en la tierra*, la organización popular que lucha por un mundo más justo, más igualitario y fraterno. O, por el contrario, solo se habrán utilizado para responder, nuevamente, a la demanda de héroes mesiánicos dentro de instituciones atravesadas por diversas crisis de legitimación. No olvidamos la recomendación de nuestro amigo, el recordado y prominente teólogo Arturo Paoli, de que no dejáramos que a Angelelli lo convirtieran en “santo de estampita”; queriendo significar la elevación de su

testimonio a las alturas inalcanzables en que se suele colocar a los santos, desencarnándolos y vaciándoles las energías y la fuerza de sus testimonios. El ahora beato Fray Carlos Murias escribió en su homilía del cuarto domingo de Pascua, de 1976:

...quieren fabricar una religión dulce hasta la repugnancia, inmóvil, que no cuestione, que no alerte al pueblo acerca de los peligros que lo acechan. Esto les molesta, sobre todo que los curas hablen de normas de vida; pretenden que se hable sólo de los misterios de fe y mientras más ‘misterioso’ sea, mucho mejor.¹

2. *Las ideologizaciones.* i) No fueron pocas las expresiones de algunos sectores eclesiásticos, desde hace años, que alertaban sobre la construcción de la memoria martirial como si estuviera animada por ideologizaciones y politizaciones interesadas, mientras mantenían ese largo silencio que escondió complicidades. Estas ideologizaciones tergiversarían la entrega gratuita de los mártires reduciendo sus praxis a mera política o denuncia de las injusticias olvidando la dimensión trascendente en la vida de estos testigos. Sospechamos que opera en dichas acusaciones una interpretación centrada en la fe EN Jesús, es decir, fe en su poder, sus cualidades morales, taumatúrgicas o su entrega sacrificial. Así la fe *en* Jesús (actualizada en la fe *en* sus santos, en sus beatos y en sus mártires) sería lo

absoluto y trascendente celebrado y vivido en la iglesia. Es una fe que exige a Jesús, a los santos, beatos y mártires “signos del cielo”. Es decir, signos extraordinarios desligados de las prácticas históricas de seres humanos concretos. Olvida esta interpretación la fe DE Jesús, es decir, la fe de Jesús en el Reino de Dios y en la prioridad bienaventurada de los pobres; fe perseguida y crucificada. La fe en la fe *de* Jesús, es decir, en los valores y convicciones que orientaron su praxis, producto de su encarnación, se vincula a lo relativo, histórico, particular y terrenal. Esa fe no demanda signos del cielo sino el discernimiento colectivo-comunitario de los “signos de los tiempos”, siempre signos históricos, con sus contradicciones, sus ambigüedades, signos siempre relativos. La demanda de signos del cielo es proporcional a la demanda de salvadores angelados y sus respectivos administradores. Los signos de los tiempos, al contrario, exigen el esfuerzo de hacerse sujeto de la historia en comunidad. Sobre esta dicotomía el teólogo uruguayo Juan Luis Segundo afirmaba:

¿Y cuáles son los “signos” que Jesús opone a los del cielo? Los que él llama “los signos de los tiempos”: transformaciones concretas realizadas por él en el presente histórico. Y encomendadas igualmente a sus discípulos para entonces y para el porvenir [...] y frente a la pregunta de los discípulos del Bautista sobre “el que había de venir”, Jesús responde con “signos” históricos, relativos, *tremendamente ambiguos, a abismal distancia de lo*

¹ Baronetto Luis Miguel: *Mártires del Evangelio*, Ed. Misiones Franciscanas Conventuales, Buenos Aires, 2019, p. 83.

absoluto y definitivo. Los sordos oyen, pero ¿qué?; los cojos andan, pero ¿hacia dónde?; los enfermos son curados, pero ¿acaso no van a sucumbir a nuevas y más decisivas enfermedades?; los muertos resucitan, pero ¿valdrá la pena si, después de dolores y angustias, habrán de inclinarse de nuevo ante la muerte?; los pobres reciben la buena noticia, pero ¿cuándo y quién cambiará su suerte real?.²

ii) Asimismo, más allá de estas sencillas reflexiones teológicas, existe otra respuesta frente a las denuncias por ideologización y uso político de los mártires. Y es la que señala la pregunta práctica en torno a quién los asesinó. Tanto la causa judicial como la canónica presentan documentación y testimonios que *fue la ideología la que asesinó a Enrique, Carlos, Gabriel y Wenceslao.* No fue, eso creemos con firmeza, el Espíritu Santo. Tampoco el santo sacrificio de estos testigos. “*No tengo vocación de héroe ni de mártir; me parieron normalmente*”, dijo Mons. Angelelli. Al mismo tiempo afirmó: “*Sí, tengo miedo; pero no puedo esconder el Mensaje debajo de la cama*”. En esa tensión, que expresa la ambigüedad de la condición humana, entendemos la “martirización riojana”. Fue la ideología que pusieron en práctica los asesinos mediatos e inmediatos que contenía elementos del catolicismo

más conservador, reavivada por la ideología de la seguridad nacional, que se escudó en la “defensa de la civilización occidental y cristiana”, e instrumentó la política del terrorismo de Estado. No hay fe sin ideologías. No hay fe higiénica, abstracta. Hay fe histórica, encarnada, vivida en proyectos de sociedad para pocos o, por el contrario; para todas y todos. Negar la presencia de lo “ideológico” en la fe es ideología perversa que sostiene diversos infantilismos cristianos que se expresan en prácticas cotidianas, pastorales y litúrgicas. Y sirve para sostener, aprovecharse y legitimar sistemas sociales basados en la opresión y las injusticias. Todo lo contrario a lo afirmado por el obispo Angelelli:

Vivir la fe cristiana hoy, exige sinceridad de corazón, generosidad, comprometer la vida y jugarla corresponsablemente con los otros, con audacia y coraje quienes hemos sido marcados con la unción de los testigos del ‘hombre nuevo’. [...] En esta gran tarea, seguiremos orientando esta Iglesia Diocesana para que la liberación que urgentemente reclama el hombre riojano, se vaya materializando en la óptica del Evangelio y considerando a los pobres como los privilegiados del Reino de Dios, como nos lo exige Jesucristo en las Bienaventuranzas³

Por último, negar el asesinato de Mons. Angelelli y cuestionar al Papa Francisco por su beatificación, - algu-

² Segundo, Juan Luis, (1977; 1ª edición en italiano 1975), “Capitalismo-socialismo, crux theologica”, en Gibellini Rosino: *La nueva frontera de la teología en América Latina*, Sígueme, Salamanca p. 235. Las cursivas son nuestras.

³ Angelelli, Homilía del 2 de julio de 1972, Fiestas Patronales de San Nicolás.

nos obispos eméritos más “prudentes”, calificándola de apresurada -, como lo manifestado por sectores preconcliares y reaccionarios en algunos medios de comunicación, desenmascara a quienes en la realidad han ideologizado y politizado a estos testigos. Sus posturas revelan una ideología antidemocrática que descrea de los juicios sustentados en las leyes vigentes, interpretan al terrorismo de Estado desde la teoría de los dos demonios, y conciben la política desde el poder de las elites que mantiene en la pobreza a la mayoría de la población.

3. *De los mártires a la comunidad martirial.* El martirio de Enrique, Carlos, Gabriel y Wenceslao es signo de la persecución y martirio a la pastoral conciliar sostenida por muchos miembros de la comunidad eclesial riojana de aquel entonces. No se trata *sólo* de reconocer la vida de entrega y de “santidad” de estas cuatro personas; sino, *en ellas*, reconocer la presencia de un deseo colectivo de un mundo más humano y de una iglesia más comprometida con los pobres e injusticiados de la sociedad. Porque es la comunidad el centro de dignificación y por ello mismo, es la comunidad la perseguida y martirizada. La sentencia judicial consideró “testigos directos” a los miembros de la pastoral que declararon en el juicio y relataron las persecuciones sufridas, y afirmó como móvil del crimen “la relevancia que tenía para el poder militar la Pastoral de la Iglesia Riojana”.⁴ Cen-

trar el martirio *sólo* en esas biografías particulares puede hacernos caer en la tentación de creer que esos testigos “fueron elegidos para derramar su sangre” por su esmero personal sin contradicciones, sin limitaciones, sin incoherencias y sin equivocaciones, creando así un modelo individual de participación y compromiso inalcanzable e inimitable por su intachable moral. De este modo, la comunidad se achica menospreciando sus potencialidades emancipatorias y se ensancha al héroe elegido o al líder iluminado. Nuestra fe está en la comunidad, porque allí es posible llevar a cabo esa “diferencia humanizadora” que es la construcción de una sociedad donde quepan todas y todos, que en términos cristianos, es la utopía del Reino de Dios. Porque la misma comunidad,

no posee aún, *ni siquiera por el hecho de entenderla*, la verdad que Dios le comunica, mientras no consiga convertirla en diferencia humanizadora *dentro de la historia*. Hasta que la ortopraxis se vuelva realidad, *no importa cuán efímera y contingente sea*, el cristiano no sabe todavía la verdad.⁵

Esa diferencia humanizadora es, en términos epocales, afirmada por Angelelli en su Mensaje de pascua:

Cuando hablamos de HOMBRE NUEVO también hablamos de COMUNIDAD NUEVA. No sólo el individuo debe ser pascual, sino toda la comunidad... Y si la Iglesia en su

⁴ *Homicidio del Obispo Angelelli, Sentencia Judicial*. (comp.) (2015), Ed. Tiempo Latinoamericano, p. 137.

⁵ Segundo, Juan Luis, (1989), *El dogma que libera*, Sal Terrae, España, p. 369.

misión irrenunciable de ser evangelizadora y santificadora de los pueblos, entendida su misión como se la entregó Cristo y no como la pueden definir o indicar las opiniones fluctuantes o intereses de los hombres que buscan sus propios intereses, es considerada ‘perturbadora del orden establecido’, enemiga de su pueblo a quien debe servir, sospechada de ideologías distintas del Evangelio de Cristo, nos quiere decir que la pascua es incompleta y hay que seguir, aún con mucho dolor, construyéndola⁶

La beatificación: interpretaciones

1. *La interpretación sacrificial.* Aunque hubo algunas de estas expresiones en ciertos sectores conservadores, sería un anacronismo entender la beatificación de los cuatro mártires desde una perspectiva sacrificial. Dicha perspectiva está ligada a una larga tradición en la que subyace el convencimiento de la muerte sangrienta como dadora de vida. La sangre derramada es aquí, por un lado, *fertilizante* para que crezcan nuevos testigos individuales; por otro, *gracia higienizadora* de toda falta y pecado individual, no de las estructuras. Estas dos características (fermentador en la masa y garantía de higiene espiritual) harían del mártir el merecedor inexcusable de la bienaventuranza divina. Y los demás que no alcanzaron esta beatitud, se ubicarían siempre como deudores, obligados a pagar de

múltiples formas, esa gracia fertilizante e higienizadora no merecida. Tal interpretación sacrificial sigue abonando, en la vida contemporánea, la necesidad de sacrificios humanos para el bien de la “humanidad”. La justificación del sacrificio, autosacrificio y la meritocracia, como conformismo ante sistemas injustos en la actual vida social, son algunas de las consecuencias de dicha teología de la sangre y la muerte.

2. *La interpretación moralizante.* Esta interpretación, muy presente en el sentido común cotidiano, afirma que las acciones llevadas a cabo por los individuos están orientadas siempre por los vicios o las virtudes morales radicadas en el “corazón del hombre” que, al parecer, no necesita de ninguna estructura social ni está condicionado por éstas. Para el caso de los beatos, se profundizarían aquellos aspectos personales virtuosos por los cuales fueron proclamados como tales. Alegre, cercano, comprensivo, sensible, buen padre de familia, con convicciones intachables; son algunas de las virtudes que suelen vincularse a sus biografías. Insistir o quedarse *sólo* con este énfasis puede llevar a la conclusión que el homicidio fue consumado *sólo* por ser “buenas personas”. La moralización reside en el hecho de reducir las praxis comunitarias históricas a los actos individuales de personas de buen corazón. Se trataría de compromisos individuales desligados de las estructuras sociales, de las contradicciones históricas y de las decisiones colectivas de personas de carne y hueso, con sus ideales; pero

⁶ Angelelli, Mensaje de Pascua, 1974. *Misas Radiales*, T. IV, (2014), Ediciones Tiempo Latinoamericano, Córdoba, pp.73 y 75.

también con sus límites y errores. Así se sacraliza el individuo incorruptible y se desconfía de las construcciones y prácticas comunitarias, siempre sospechadas de interesadas, conflictivas o ligadas a algún tipo de corrupción moral o política. Y, desde esta interpretación, la “comunidad incorruptible de seguidores” se piensa a sí misma como un centro autónomo de “salvación”, refugiada de la historia y, lo que es más grave aún, alejada y guarecida de los pobres, de sus demandas, de sus lenguajes, de sus olores, de sus sufrimientos, de sus imperfecciones.

3. *La comunidad beatificada*: Los cuatro mártires beatificados, tomados como referencias concretas de la comunidad martirial, resumen el contenido de una práctica colectiva, que ellos mismos se encargaron de señalar con actividad y sus escritos. En Wenceslao, su pertenencia al Movimiento Rural Diocesano y su rol articulador en la Coordinadora de Cooperativa; en Gabriel y Carlos, su práctica en la comunidad apostólica de Chamental que integraron con las religiosas, en el decanato de los Llanos y la explícita participación en las distintas iniciativas y actividades de la pastoral diocesana. Y en el Obispo Enrique, especialmente en el aliento a la corresponsabilidad en la planificación y ejecución de la misión de la Iglesia, tantas veces explicitadas en sus homilias.

La permanente referencia de Monseñor Angelelli a la misión de la comunidad eclesial como servidora del pueblo pobre, asumiendo las conse-

cuencias de su compromiso hasta el martirio, remarcan el carácter comunitario de la vivencia y la tarea. “*La Iglesia deberá jugarse hasta el martirio si fuere necesario, en el cumplimiento de la misión, para que los hombres y los pueblos sean siempre templos vivos de Dios y tratados como a tales*”.⁷ La sacralidad inviolable de “*templos vivos*” exige jugarse hasta el martirio por la dignidad de los hombres y los pueblos. Es la Iglesia, comunidad pobre y servidora, constituida en comunidad martirial. Es la vida cristiana como opción personal, vivenciada necesariamente en forma comunitaria. “Con y desde el pueblo”, según la repetida consigna del pastor riojano. Desde su raíz trinitaria, la fe de Jesús no admite el individualismo. Aceptar la paternidad de Dios, obliga a comprometerse por la fraternidad humana. El Espíritu que la anima, la constituye en pueblo constructor de la felicidad, como fruto del amor, la justicia y la paz.

En términos eclesiales el desafío y la riesgosa apuesta es:

ser una Iglesia cada vez más libre de ataduras que le impiden ser fiel a Cristo y a su pueblo, más pobre, más metida en el corazón de nuestro pueblo y más misionera... cuando una Iglesia es fiel a la misión confiada por Cristo, debe ser perseguida y ser signo de contradicción.⁸

⁷ Angelelli, 9 de junio de 1974, en la solemnidad de la Santísima Trinidad, *Misas Radiales*, T. IV, ibíd., p.105.

⁸ Angelelli, 25 de agosto de 1974, *Misas Radiales*, T. IV, ibíd., p. 154.

Sentido de la beatitud

La muerte violenta padecida por los cuatro mártires, que resume el grado extremo de la persecución padecida por la comunidad diocesana, es resignificada con el reconocimiento oficial del martirio, que institucionaliza la memoria martirial alimentada y preservada por las comunidades que necesitan fortalecerse en su marcha. Ellos sintetizan y expresan el testimonio diocesano del pueblo pobre de La Rioja, tantas veces golpeado y otras tantas resucitado.

Para una amplia franja del cristianismo, no sólo latinoamericano, el reconocimiento del martirio significa revalidar el compromiso que sin estridencias se viene concretando en los sectores signados por las injusticias sociales y el abandono de las políticas públicas de derechos humanos y sociales. Y en esa tarea, el despertar de nuevas conciencias acerca de las causas profundas generadoras de las situaciones de explotación y miseria.

La beatificación de esta comunidad martirial debería inspirar y alentar el surgimiento de nuevas expresiones colectivas y organizadas en la perenne lucha por la justicia, la solidaridad y la fraternidad, respondiendo a las demandas de hoy por “vida y vida en abundancia” (Jn.10,10) para todas y todos.

Utopía humana

La beatitud - como lo indica la palabra - señala el horizonte de “felicidad”, de “bienaventuranza” especialmente para

los necesitados, pobres, enfermos, presos, carenciados y angustiados de todo tipo. En realidad es una convocatoria universal. El horizonte de felicidad como destino colectivo - el reino de Dios, la nueva sociedad - tensiona la marcha. Por eso son “Felices los pobres en el Espíritu... y los perseguidos por causa de la justicia”. A ellos pertenece el Reino de Dios. (Mt. 5.). Las demás “bienaventuranzas” - que están en futuro - constituyen el proyecto de su construcción.

La declaración de “beatos” es un reconocimiento público al compromiso junto a los pobres. Los mártires son declarados “felices” para que sepamos valorar los avances históricos por mayor fraternidad y justicia, considerando las dificultades a superar, que siempre son muchas, porque difícil es el camino a la felicidad de todas y todos.

La comunidad martirial nos desafía a no bajar los brazos, a tener energías para sobreponernos a lo que nos limita o nos impide vivir “felices”. No la felicidad egoísta del sólo “me siento bien”, ni como logro de un esfuerzo individual por la “perfección”. La beatitud es una convocatoria a todas y todos; es la utopía humana que debería alentarnos la marcha colectiva. Nunca solos; siempre con otras y otros, como comunidad, como pueblo.